

## VISIÓN PERSONAL

## ¿Por qué no hay líderes?



**Julio Pomés**  
Director del think tank Institución Futuro

Uno de los rasgos negativos que caracteriza a nuestra época es la escasez de genuinos líderes sociales. Hubo tiempos en que la sociedad disponía de personas con carisma que, con el ejemplo de sus vidas, arrastraban a los ciudadanos a la lucha personal por mejorar. La suma de los esfuerzos individuales tenía una consecuencia: la irrupción de una cultura que promovía la responsabilidad y excelencia colectivas. La mención clásica en política económica es Konrad Adenauer, quien provocó el resurgimiento de la Alemania devastada tras la Segunda Guerra Mundial. En regeneración moral, el ejemplo paradigmático es la autenticidad de la primitiva cristiandad, que tanto bien hizo en el degenerado Imperio Romano.

A veces parece que la condición previa para que surja el renacimiento cívico y moral es que la desgracia se haya cebado en un país, algo que no tendría por qué ocurrir.

cuando vieron que apenas podían emplear su profesionalidad en trabajar por su país: dilapidaban su energía atendiendo la bronca permanente del adversario político. En estas condiciones es muy difícil que puedan surgir líderes.

Confundir liderazgo con victoria electoral es un error. Si estudiamos a los presidentes autonómicos, veremos que hay de dos tipos: los que han hecho progresar económicamente a su región y los que la han perjudicado. Al comparar unos y otros, es sorprendente que Madrid y Navarra, las dos comunidades autónomas que suelen encabezar la mayoría de los rankings económicos, sean las regiones donde los presidentes tuvieron mayor dificultad para alcanzar el poder. Sin embargo, Andalucía y Extremadura, las que más fondos comunitarios y recursos nacionales han recibido, son las últimas en índices tan importantes como el de



Probablemente, Europa está tan aburguesada porque sus líderes tienen algo de maniqués al gusto de los estereotipos de moda: su electoralismo les lleva a decirnos lo que queremos oír, y así no se avanza. Figuras como los padres de la UE, Robert Schuman y Alcide de Gasperi, estadistas que además compartían una religiosidad profunda, no son en la actualidad fáciles de encontrar.

Es triste que la palabra líder se asigne casi en exclusiva a políticos y gobernantes. Esta adscripción es la secuela de una sociedad civil muy pobre, sin sitio en los medios que forjan opinión y otorgan notoriedad. Personas que han creado tanto empleo y riqueza, como Tomás Pascual o Amancio Ortega, pasarán a la historia como unos magníficos empresarios, pero su carisma emprendedor no llevará a emularlos: la prensa, la radio y la televisión prestan escasa atención a su ejemplo de tesón perseverante.

Otro factor a considerar es si el modelo de democracia que hemos montado es atractivo para que se incorporen a la política aquellos que se ganan bien la vida en la esfera privada. Conozco varios arrepentidos que abandonaron el cargo público

la convergencia frente a la Unión Europea y, a pesar de ello, obtienen victorias electorales impresionantes.

Puede ser que llevar un cuarto de siglo en el poder genere un cierto clientelismo electoral entre los beneficiados de las prebendas. También es probable que la cultura de la subvención anestesie la voluntad de las personas para emprender, y que la necesidad agudice el ingenio y, a la postre, la competitividad, pero estas posibles prácticas son insuficientes para explicar las victorias pírricas de unos y las contundentes de otros.

Lo que concede el éxito electoral no es el desarrollo económico conseguido, sino la imagen que se proyecta. Esto debería mover a que los que hacen avanzar sus regiones se esfuercen en saber vender sus logros. La segunda razón, que también impide la existencia de líderes, tiene su raíz en la ingratitude, hija de la envidia y la ignorancia, que tan bien describe Murillo Ferrol: "Si bien no es cierto que toda mala acción reciba su justa recompensa, sí lo es que jamás una buena acción queda sin su merecido castigo".

## EN PRIMER PLANO

## El éxito del Programa Cenit



**Maurici Lucena Betriu**  
Director general del CDTI, Ministerio de Industria, Turismo y Comercio

"La productividad no lo es todo, pero, a largo plazo, lo es casi todo. La capacidad de un país para mejorar su nivel de vida en el transcurso del tiempo depende casi enteramente de su capacidad para elevar la producción por trabajador." Esta aseveración del economista estadounidense Paul Krugman (*The age of diminished expectations*, 1990) ayuda a comprender por qué, tras ganar las elecciones de marzo de 2004, el presidente Rodríguez Zapatero colocó el incremento de la productividad en el corazón de la política económica, a la vista del exiguo crecimiento que había registrado esta variable en España en la última década. Si bien la productividad es el resultado de la combinación de numerosos ingredientes —como el funcionamiento de los mercados de trabajo y de capitales o la calidad del sistema educativo—, cualquier diagnóstico riguroso destaca, como factor explicativo de primer orden de su pobre evolución en nuestro país, la endeblez del sistema nacional de innovación, cuyo reflejo son, por ejemplo, el bajo nivel de inversión en I+D en relación al PIB y el insuficiente esfuerzo relativo del sector privado en este frente.

En los dos años transcurridos desde el principio de la legislatura, y con el objetivo de situar a España a la altura de sus socios de la Unión Europea (UE) en aquellos parámetros que mejor definen la capacidad científico-tecnológica de una economía, el Gobierno español, entre otras medidas, ha elevado más de un 25% anual las partidas de gasto de I+D+i civil consignadas en los Presupuestos Generales del Estado y ha puesto en marcha nuevas iniciativas al abrigo del plan *Ingenio 2010*. Uno de los programas estrella que ha visto la luz en el presente año es el Cenit, dirigido a financiar grandes proyectos integrados de investigación industrial.

Desde una perspectiva empresarial, tres rasgos resumen las debilidades del sistema español de innovación en comparación con el promedio de la UE, EEUU o Japón: las compañías de nuestro país dedican menos recursos a I+D, cualquiera que sea la intensidad tecnológica del sector en el que compiten; son mucho más reacias a cooperar a la hora de realizar proyectos innovadores, tanto entre ellas como con centros de investigación (universidades, centros tecnológicos y organismos públicos de investigación); y la densidad de empresas que operan en sectores de alta tecnología es sustancialmente inferior. Aunque es evidente que el efecto de las acciones de estímulo a la I+D+i y su correlativo impacto en la productividad no son inmediatos, creo honestamente que el Programa Cenit, gracias a su cuidadoso diseño y al fuerte respaldo presupuestario (200 millones de euros de subvenciones cada año), contribuirá a paliar los problemas señalados, facilitando, de paso, el acceso de los consorcios beneficiarios a las ayudas del Programa Marco de I+D de la UE. Un proyecto

Cenit es, en esencia, un gran desarrollo de I+D empresarial llevado a cabo por un consorcio, con un presupuesto de entre 20 y 40 millones de euros a lo largo de cuatro años, de naturaleza muy precompetitiva —y, por tanto, elevado riesgo técnico—, que, en el caso de finalizar con éxito, representará un punto de ruptura tecnológico. El consorcio debe estar liderado por una empresa o una Agrupación de Interés Económico que arrastre a otras pymes y subcontrate una parte significativa (al menos, un 25%) de las actividades de I+D a centros de investigación.

## Pronósticos sombríos

En el mes de marzo se resolvió, en tiempo récord, la primera convocatoria Cenit, cuyo responsable es el CDTI por delegación del Ministerio de Industria, Turismo y Comercio. Desmintiendo los pronósticos sombríos de no pocas voces que dudaban de la capacidad del tejido productivo español de generar un número suficiente de proyectos de tanto calado científico-tecnológico (y también, dicho sea de paso, de la del Gobierno central de gestionar el programa de manera eficaz), se presentaron y evaluaron 53 consorcios con una participación de 553 empresas y 510 organismos de investigación. De entre ellos, se seleccionaron, con arreglo a criterios de excelencia científico-técnica y viabilidad financiera, 16 proyectos que involucran a 175 compañías y 208 centros de investigación, con un presupuesto total, en un horizonte de cuatro años, de algo más de 429 millones de euros y una subvención aprobada de 200 millones. Por áreas tecnológicas, cuatro corresponden al sector de la biomedicina, cuatro, a medioambiente y energía, dos a transporte, dos a materiales, uno a producción y diseño, uno a seguridad, uno a agroalimentación y uno, a información.

El éxito de la primera convocatoria Cenit, programa que tendrá continuidad en el tiempo, demuestra, en definitiva, que existe en España una notable capacidad latente de transformación de conocimiento científico en procesos, bienes y servicios innovadores, que, debido a la atención que el Gobierno español está prestando a la política de I+D y, sobre todo, a la presión competitiva que emana del proceso de globalización económica, está empezando a aflorar. La aplicación de técnicas genómicas y proteómicas a las fases de diagnóstico y tratamiento de cuatro tipos de cáncer de alta incidencia y malignidad, la reducción del coste del *biodiesel* y la búsqueda de nuevas aplicaciones de este combustible, y el desarrollo de las tecnologías básicas a partir de las cuales se construirán los trenes de alta velocidad de la próxima generación son algunos de los grandes proyectos de investigación industrial elegidos cuyos contenidos sin la financiación del Programa Cenit no hubieran sido, con seguridad, tan ambiciosos.